

Fredy Yezzed: *El diario inédito del filósofo vienés*



Ludwig Wittgenstein

Leidy Yaneth Vásquez Ramírez*

¿Para qué escribir un diario? La respuesta parece obvia: para no olvidar; pero, si la pregunta fuera ¿para qué escribir un diario apócrifo y además inédito?, la respuesta ya no sería tan sencilla pues, en tal caso, escribir de esta manera se convierte en riesgo y abismo, como bien lo anuncia el poeta Fredy Yezzed (Bogotá-Colombia, 1979) en el prólogo a *El diario inédito del filósofo vienés Ludwig Wittgenstein*, su más reciente poemario publicado en Buenos Aires, con el apoyo del Ministerio de Cultura de Colombia y Ediciones del Dock. En esta obra Yezzed apuesta por una escritura lúcida y de circunstancias ruinosas como la vida misma, donde se devela su honestidad, con la poesía y con él mismo; de esta manera, el lector descubre una bella vocación filosófica en el poeta, a partir de esa melancólica pregunta por el ser humano, cuya respuesta continúa entre sombras.

Sorprende el concepto de “inédito” con el que Yezzed califica el diario de Wittgenstein, a quien desnuda y enfrenta a las heridas de sus pensamientos; así pues, este es un libro basado en

la lectura de un filósofo que en vida solo alcanza a publicar una obra magistral como es el caso del *Tractatus logico-philosophicus*. En tal sentido, hay algo de Yezzed que proviene de un Kafka con la manzana podrida de la escritura incrustada en la carne; ese temor de publicar un único libro, el definitivo, insuperable, no logró amilanar ni al filósofo ni al poeta -a estas alturas tanto Ludwig como Fredy, son ambos-, los dos han conseguido escribir más de lo que proyectaron inicialmente. Juegos del destino, a la manera de los juegos del lenguaje propuestos por el mismo Wittgenstein, permiten que la poesía y la literatura compartan miserias en esta obra que antecede en creación a *La sal de la locura* (2010) –primer poemario de Yezzed publicado en Buenos Aires-, pero cuyas intuiciones estilísticas y temáticas componen y ordenan la poética de este joven escritor. El poema en prosa, lo narrativo, lo epigramático, la máscara, entre otros elementos, se convierten en búsquedas recurrentes que le van dando ritmo y sello a su escritura, tanto como la misma intuición de que la poesía se sirve de la palabra y lo que hay más allá, sigue siendo poesía: “No te esforcéis, poeta, en la posibilidad de entretejer & transformar las palabras en poesía. Ellas son, en sí mismas, vocal x vocal: poesía” (2012, p. 20).

* Leidy Yaneth Vásquez Ramírez. Medellín, 1981. Estudios en Educación. Cofundadora del nodo Antioquia de la Red Nacional de Estudiantes de Literatura y Afines (Rednel). Ha participado en los libros; *La cuestión Maestros: Pensamiento, Escritura e Instituciones* (2012), *Obra maravillosa. Libro de clase: literatura 3* (2009) y *Red Lecturas N.º 2* (2007). Gran Premio Ediciones Embalaje del Museo Rayo 2007, que incluyó la respectiva publicación de su primer libro de poesía *Las horas de la espera* (2008).

En este caso particular, Yezzed hace su propia traducción de Wittgenstein —a la manera de la comprensión hermenéutica— hacia un lenguaje enteramente poético, tan cotidiano como complejo, emparentando, por momentos, con el humor y la ironía, cercano a "un modo de respirar" distinto, que permite el aforismo, como diría Elías Canetti; escuchemos, pues, cómo respira el Wittgenstein de Yezzed: "5.8262 Por la boca muere el pez; & por el pez mueren las bocas" (2012, p. 56) o "5.9 En este país los únicos que saben de estética son los peluqueros" (2012, p. 57). Desde estos juegos proposicionales *El diario inédito...*, además de reconfigurar el sistema decimal original del *Tractatus*, anuncia su vocación para escarbar en los terrenos fangosos del alma humana desde diferentes apuestas lingüísticas; quizá en esta búsqueda no exista otra estructura más proclive para tal fin que el aforismo, entendido hoy día como un género literario que otros consideran un brazo de la poesía y de la filosofía; de estructura dúctil, este libro se acerca más a los peligrosos terrenos de la levedad poética y el arte, que a los seguros estanques de la razón pura.

Si atendemos a que el aforismo puede ser una expresión paradójica de la poesía, no es absurdo considerarlo una forma dinámica de la poesía en prosa, que le permite a Yezzed entrar en la intimidad del filósofo, fisgonear en las ranuras del alma donde ambos Wittgensteins, el histórico y el apócrifo, despiertan sus conciencias poéticas desde las imágenes que dormitan entre la pretensión de una filosofía del lenguaje.

Al menos así lo anuncian los cuatro epígrafes que invitan al lector vigoroso a este viaje por una vida que bien podría ser la de cualquiera de nosotros, separados en tiempo y espacio del filósofo vienés, pero tan cercanos a sus dolencias, a toda la podredumbre en su alma, a toda su humanidad universal: "4.01 I El alma es carne porque también se puede pudrir" (2012, p. 42). Esta hermandad en el dolor es justamente lo que pudo leer Yezzed, lo que escribió en *El diario inédito...*, donde retundan, desde otras orillas y contextos, las palabras de Zambrano: poesía es adentrarse en la carne. Bien lo expresa el filósofo Gaston Bachelard en su *Poética de la ensueño* (2011): "para decir un amor hay que escribir" (p. 19); diríamos junto con Frey: para

decir un dolor, también. Su Wittgenstein sufre atormentado por su propia humanidad: "5.21 I Lo diré. No me avergüenza. La primera vez que escribí un poema fue para odiar a mis compatriotas. Lo escribí después de ver un muerto sobre una calle de mi hermoso país" (2012, p. 48); así mismo, con igual valentía, reconoce en la escritura un acto supremo de nuestra redención: "2.026 Las palabras, antes de perforar la roca del cuerpo, deben experimentar la lección del abismo. Deben primero castigarse con la soledad, para luego [intentar] purificar las úlceras del hombre" (2012, p. 23).

El dolor es, por tanto, esa cuestión corporal que también pervive en el lenguaje y la escritura. En *El diario inédito...*, un libro de sombras, la voz poética arrastra celosamente lo indecible, se hace murmullo indigerido, silencio: "Allí, en la otra orilla del lenguaje: un hombre eternamente sentado con nuestros zapatos, diciéndolo todo con el silencio..." (2012, p. 24). Lo que realmente leemos es solo un asombro de lo que hay en las profundidades, apenas una insinuación de los infiernos de lo humano. Lo fundamental no se puede decir, solo se muestra. Los poemas de *El diario inédito...*, bajo esa estructura, se convierten en una especie de insinuación, mientras del otro lado el lector se pregunta, exclama y tiene como respuesta nuevamente el silencio, lenguaje de la poesía; ambas voces, la del poeta y el filósofo, irremediablemente atormentadas por una proposición que nos grita a todos en la cara: "384. El concepto dolor lo has aprendido con el lenguaje" (Wittgenstein, 1973).

Así las cosas, a la manera de las siete tesis del *Tractatus*, *El diario inédito...* está compuesto por siete apartados y abre con un capítulo dedicado a la poesía; en los intentos por definirla se devela una poética del silencio, donde tan importante es delimitar lo que es, como lo que no es; tendencia temática que persistirá en el resto del poemario. En tal caso, la cuestión no es falsearla, pues se trata, más bien, de una búsqueda de sentidos: "Poesía no es ni lo uno ni lo otro; quizá tampoco lo tercero" (2012, p. 15). Así pues, de una manera contundente, se inaugura la duda filosófica y vital, central para este Wittgenstein literario.

En el segundo capítulo, la palabra se transforma en la poesía misma y, como en el caso del *Tractatus*, en su condición de cosa, es pensada

en relación con otra. En unas de las primeras líneas, nuestro Wittgenstein sostiene: “De lo que el hombre se enamora es de la sombra de las palabras. De su sombra al erguirse en la memoria” (2012, p. 21). Desde allí nos anuncia el frío, la oscuridad del lenguaje poético. En el problema del lenguaje, del significado y del significante, indiscutiblemente, gana el significante: “[...] el vaho resultó ser la palabra que se humedeció en el aire, la que no pudo expresar cuánto frío se tenía por dentro” (2012, p. 21). Aquí no solo se trata de oscuridad, también hay humedad en ese pantano que llevamos dentro. Cabrá, en tal caso, preguntarse ¿qué le queda como salvación a ese Wittgenstein maltrecho?

Y justamente aparece en el tercer capítulo el tema del amor, restringido en *La sal de la locura* (2010) y en la gramática general del autor; algunas alusiones a Marguerite, que no extrañan al lector, pues bien sabemos que dos mujeres importantes en la vida de Wittgenstein fueron Marguerite Respinger y Margarete Stonborough, dan realismo a este apartado donde el amor es cuerpo, nostalgia, nombre, y al igual que en la poesía, nunca es posible la saciedad: “3.2 El amor tiene leyes. & la primera es reconocer que existe la palabra *amor*, más no una definición de su cuerpo” (2012, p. 37). Este capítulo de imágenes delicadas, donde tampoco está la salvación de nuestro Wittgenstein, termina con una frase contundente: “3.203 ¡No digas tonterías!”.

Tan cercana está la distancia al amor, como a Dios, tema fundamental del cuarto capítulo; ese Dios que es duda, una grieta en el lenguaje, que ha sido inventado por el hombre para mirarse a sí mismo en su gran espejo: “4.017 Señor, te diré la verdad: te hemos creado a nuestra imagen y semejanza, [no a la tuya], como a la radio, la guerra y la escritura” (2012, p. 43).

En un diario inédito no sorprende el tema biográfico, sin embargo en el quinto capítulo, este aparece con detalles de tono anecdótico y epifánico, más contundente que en los apartados anteriores; desde esta propuesta Yezzed remueve los cimientos de una historia de desazones humanas y vitales: “un agrio recuerdo sobre la niñez” (2012, p. 47), la guerra y las ruinas que deja en el corazón del hombre y en el lenguaje, el arte, la docencia, la locura y el suicidio, dejan ver a ese Wittgenstein que sostiene: “5.7999 He

llegado a la conclusión de que es peligroso estar solo [consigo mismo]” (2012, p. 55).

En el capítulo seis hay una pregunta por la muerte que irremediadamente sustenta cualquier silencio humano; en tal caso, asistimos a las confesiones de un Wittgenstein que se reconoce incompleto y quien, en un silencio casi místico y de humildad en el discurso, confiesa: “6.1201 He cometido el peor error de mi vida: estar solo” (2012, p. 62). Con este capítulo Yezzed ensaya un esbozo de la vejez, ausculta sus heridas, se ufana de sus prisiones, pero, principalmente, nos permite advertir que la validez de la filosofía radica en ser una poética del hombre; justo este es el intento de un libro como el que nos presenta.

Finalmente, en el apartado siete, como en el principio, queda el silencio en una sentencia definitiva que quizá es la síntesis filosófica y estética más representativa de los dos Wittgensteins que se cita en un libro para lamerse las heridas.

El diario inédito... ofrece, pues, una ventana sorprendente por donde podemos ver respirar al individuo en medio del lenguaje que lo asfixia y salva al mismo tiempo; de existir un concepto para definir lo que significa el libro... este sería: honestidad; la honestidad de la voz poética al perdonarse en la escritura, el límite que, tal vez, también la redime: “6.421 Escribo esto solo para escribir algo & para hablar conmigo mismo” (2012, p. 66), dirá el Wittgenstein de Yezzed. En esta obra donde filosofía y poesía se miran en el espejo de la otra buscando ese rostro que las identifica como hermanas de sangre, es la segunda la encargada de mantener la memoria de nuestras desgracias, tal como lo anunciara María Zambrano (*Filosofía y Poesía*, 2010). Si bien en el caso del *Tractatus* se proponen siete tesis alrededor del pensamiento y el lenguaje, a partir de la deconstrucción de cualquier reducto metafísico en el orden del discurso humano, es *El diario inédito...* la obra encargada de encender pequeñas lámparas alrededor del hombre mismo, con ese tono autobiográfico tan apreciado en una época de narrativas y prosas, en la cual el poeta se sigue preguntando: “¿Cómo llamarse el poeta? Perdido en la luz, errante en la belleza, pobre por exceso, loco por demasiada razón, pecador bajo la gracia” (Zambrano, p. 63). ■